

Sección informativa y bibliográfica

LA PARABOLA Y EL CONOCIMIENTO DEL MUNDO HEBREO

Cfr. J. Jeremias. *The Parables of Jesus*. New York. 1963, p. 20 (Traducción del alemán *Die Gleichnisse Jesu*).

W. O. E. Oesterley. *The Gospel Parables in the Light of their Jewish Background*. London, 1966.

X. Léon-Dufour. *Diccionario del Nuevo Testamento*. Madrid. 1977 (Traducción del francés *Dictionnaire du Nouveau Testament*).

Las parábolas no son artificios literarios para dar enseñanzas generales o imprecisas; sino llamados muy concretos a la radicalidad del evangelio. La Parábola del Buen Samaritano es una actitud a seguir, por ejemplo.

Existe hoy unanimidad en decir que las parábolas son un método cuyo fin es ayudar a los oyentes a que comprendan mejor un mensaje, pero no a confundir dicho mensaje.

Por eso, no vale la pena analizar las Parábolas tratando de buscar precisiones por distinción, entre semejanzas y parábolas propiamente dichas, ilustración y alegoría, etc. y todas las demás precisiones de la retórica griega. Este tipo de análisis aunque tiene algún interés no ayuda mucho a comprender la significación de las parábolas.

Joaquín Jeremias piensa que estas no aportan demasiado ya que el MACHAL hebreo y el MATHA arameo, incluían todas estas categorías y otras muchas sin distinguirlas. La retórica griega, pues, es una camisa de fuerza, una ley en la que las Parábolas de Jesús se sienten extrañas.

La comprensión de las Parábolas requieren más que de la retórica griega de un adecuado conocimiento del contexto cultural en el cual vivió Jesús y los métodos de enseñanza de aquel momento. Bajo este punto de vista el MACHAL (ejemplo) hebreo, no era más que uno de los métodos de enseñanza, uno de los dos aspectos de la TORA.

La TORA para el judío fariseo era revelada por Dios y por ello debía tener un mensaje para el presente. Sacar, entonces, del texto el mensaje para el presente era la función propia del MIDRASH.

El MIDRASH implica dos cosas: el análisis de la Escritura y la interpretación a que se llega del texto. Sólo posteriormente MIDRASH se aplicó a las enseñanzas no jurídicas de los rabinos.

Hay otros dos conceptos que nos permiten precisar mejor las enseñanzas jurídicas y no jurídicas: HALAKHAH (el camino). Este término se utilizó para las enseñanzas de orden jurídico. La HAGGADAH o AGGADAH en Arameo es el término utilizado para designar las enseñanzas no jurídicas.

Además debemos de tener en cuenta que la HALAKHAH y la HAGGADAH no se refieren exclusivamente a la Biblia. Para quienes aceptan la tradición oral como fuente de revelación la HALAKHAH es una entidad independiente de la Escritura. La HAGGADAH también puede tener una identidad independiente de la Escritura ya que no es más que un relato religioso de contenido apologetico o moral.

Esto nos permite afirmar que los antiguos rabinos, enseñaban su teología bajo la forma de HAGGADAH y por eso tiene una significación más amplia que el MACHAL.

Se trata, pues, de leer las parábolas de Jesús a la luz de la literatura HAGGADICA de aquella época. Pero al mismo tiempo, debemos tener muy en cuenta que hay grandes diferencias entre las parábolas de Jesús y aquellas de los rabinos, tanto en el contenido como en la manera de tratar el material, pero sobre todo en su aplicación. Para Bultmann a este respecto, las parábolas del N. T. proceden de una intuición más original. Ignaz Ziegler considera que Jesús era un Aggadista como lo eran sus contemporáneos más capaces. Hacer parábolas era un arte practicado y cultivado en calles y Sinagogas.

El conocimiento de la HAGGADAH que es el marco de las parábolas es el conocimiento de la mentalidad hebrea del momento, sus costumbres, su manera de hablar, etc.

Un mejor conocimiento del contexto cultural en el que vivió Jesús, de su medio geográfico, histórico y social, lo mismo que su medio agrario; nos permiten acceder mejor al contenido de las parábolas; además de servirnos como pedagogía de predicación y criterio normativo en la Catequesis que exige nuestra acción pastoral.

En los primeros siglos del cristianismo las parábolas fueron interpretadas por los Padres de la Iglesia como alegorías de la vida cristiana. Desde Orígenes, por ejemplo, la parábola del Buen Samaritano ha tenido forzadas e ingeniosas explicaciones, por ejemplo.

El hombre que bajaba hacia Jericó era Adán; Jerusalén representaba el paraíso terrenal mientras que Jericó representa el mundo. El Sacerdote representa la Ley y el Levita el profetismo; el Buen Samaritano es Cristo y las heridas representan la desobediencia original, el que da posada es San Pablo; los dos denarios representan al Padre y al Hijo, el retorno del Samaritano, representa la Parusía del Señor.

Hoy, como hemos visto antes, se busca una aproximación al contexto cultural de la época de Jesús con el fin de que aparezca nítidamente la simplicidad de la lección.

Las parábolas no son artificios literarios para dar enseñanzas generales o imprecisas, sino llamados muy concretos a la radicalidad del Evangelio. Se debe imitar la actitud del Buen Samaritano, la del Siervo vigilante, etc.

Algunas de las parábolas han sido adaptadas a nuevas circunstancias, de acuerdo al contexto de las Comunidades. Así se han producido cambios de énfasis, ampliación del significado, número y otros aspectos. Ahí reside también una cierta dificultad en el estudio exegético de las parábolas evangélicas; pero su contenido doctrinal no difiere del resto del Evangelio.

El ejemplo utilizado en cada parábola hace parte de los usos y costumbres de ese momento. Las parábolas nos hablan de la manera como se vivía en la casa o en el campo, de la manera como se llevaban a cabo los banquetes, o se emprendía una acción bélica.

Un Pastor deja en el desierto noventa y nueve ovejas por ir a buscar una que se le había perdido; una ama de casa que organiza una fiesta por haber encontrado su dracma perdida; un propietario de viña que asume trabajadores al caer el día, etc.

Volviendo a la Parábola del Buen Samaritano, como ejemplo de una lectura de acuerdo a la HAGGADAH, hay que tener en cuenta que además de ser una de las páginas más significativas y apasionantes de todo el Evangelio, es una parábola que encontramos sólo en la tradición de Lucas quien la coloca en un contexto muy expresivo aunque no originario. El coloquio con el Escriba que le sirve de introducción ocurre, como para Marcos y Mateo, en Jerusalén pocos días antes de la Pasión.

Puede ser que los Samaritanos encontrados en el viaje hacia Jerusalén hayan influido en el énfasis que el texto hace sobre el Samaritano.

La pregunta hecha a Jesús por el Doctor de la Ley es semejante a la pregunta hecha por el joven rico: "... qué debo hacer para tener en herencia la vida eterna" (Mc 10, 17). El Señor, por el contrario, exige que responda él mismo, en base a la Ley en que él mismo debía ser experto. Jesús cita la prescripción del Deuteronomio sobre el amor absoluto y exclusivo a Dios (Dt 6, 5), agregando lo referente al prójimo según el énfasis del Levítico (Lev., 1918).

Si en el tiempo de Jesús estos dos preceptos eran vistos como un solo conjunto-síntesis de toda la ley, es algo difícil de precisar. Pero sin duda alguna que existía ya un cierto legamen, pues conocemos un dicho de Hillel (primer siglo A. C.) que afirma "no hacer al prójimo aquello que no quieras que se te haga a tí; ésta es toda la ley" (Talmud Bab. Shabat 31 a). Sólo Jesús le ha dado a esto un valor absoluto y universal.

El Doctor a quien no le interesan mucho las consecuencias de este precepto, comienza a eludir exigiendo precisiones en el concepto de prójimo. En realidad que existían incertezas y restricciones según las cuales varias categorías de personas, como los enemigos, los de política diferente o raza distinta, no eran considerados como prójimo. Jesús, responde entonces, narrando la parábola del Buen Samaritano.

En Marcos el Escriba está bien intencionado; agradece la respuesta del Señor y el Señor lo elogia: “no estás lejos del reino de los cielos” (Marc 12, 34). En Lucas, por el contrario, el Doctor quiere tentar a Jesús y después de la respuesta quiere aún justificarse.

La parábola presenta a un hombre que va de Jerusalén a Jericó, atravesando el sugestivo desierto de Judá. El camino tiene 34 kms. y casi siempre se va bajando, ya que de una altura de 750 mts. se pasa a 250 mts, bajo el nivel del Mediterráneo.

Saliendo de la puerta de Damasco, al norte de la Jerusalén antigua, el camino llega al valle del Cedrón pasando por Getsemaní y dejando a la izquierda a Betania. Un poco después de dejar a Betania se encuentra una antigua fuente, llamada de los apóstoles, y en la cual descansaban las caravanas. La Biblia recuerda esta fuente con el nombre de Ein She-mesh (fuente del sol) que era la divinidad Cananea del lugar (Jos 15, 7).

Estamos en el país de los nómadas que vagan buscando pastos y las escasas fuentes de la región. En esta zona habitan dos tribus: Hatimat y Abu Nuseir, dedicadas exclusivamente al pastoreo. Los valles y los nudos que forman los caminos, lo mismo que la aspereza de las cañadas, se prestan para los escondites y las fugas. Hasta la segunda guerra mundial este lugar era privilegiado para el asalto a peregrinos. Ni los mismos vecinos de Jericó estaban inmunes al atraco.

El hombre de la parábola tuvo mala suerte. Posiblemente buscó defenderse pero con el mal resultado de haber sido golpeado y despojado de todas sus pertenencias.

Mientras estaba al borde del camino sangrando, pasaron dos viajeros, primero un sacerdote, después un Levita que regresaban a casa después de cumplir, quizás, el turno semanal en el Templo. El herido los deja indiferentes y siguen su camino.

Algunos quieren explicar esta conducta, diciendo que ya estaba muerto; no pudiendo entonces acercarse a él para no quedar impuros, lo cual los dejaría al margen del servicio sacerdotal, al menos temporalmente.

Otros por el contrario, consideran que Jesús quiso enfatizar este detalle a causa de la oposición que él había encontrado en el ambiente sacerdotal de la capital.

El texto habla de un semivivo y no de un muerto. El hecho de ser un sacerdote y un levita es un simple esfuerzo literario para enfatizar las nuevas dimensiones del amor hacia el prójimo. Si hubiesen ayudado a su compatriota, hubiesen cumplido una acción normal y común.

La parábola, por el contrario, como todas las otras quiere presentar un caso algo inesperado. Por esto, como tercer viajero, se pone a un Samaritano que en el tiempo de Jesús era lo más despreciado, por parte de un hebreo.

Después de la Conquista de Samaria por parte de los Sirios en el 721 A. C., la población local había sido en su mayoría deportada y sustituida con gente que venía de la Mesopotamia, por lo tanto paganos. Se formó así un pueblo que con su sangre mezcló también su religión. Junto a

Yahvé adoraban a sus propios dioses tales como Nergal. Aceptaban la ley de Moisés pero no los otros libros.

En el 445 A. C. cuando Nehemías rechazó la colaboración de los Samaritanos en la reconstrucción del templo de Jerusalén, comenzaron las dificultades entre Hebreos y Samaritanos. Fue entonces cuando los Samaritanos edificaron su propio Templo en el monte Garizim y comenzaron a molestar a los peregrinos hebreos que pasaban por su territorio.

Llegaron hasta el punto de profanar el templo rival en la más grande solemnidad del año, la Pascua; regando en el templo huesos de un muerto. Por esto eran considerados no sólo adversarios sino impuros.

El autor del libro del Eclesiástico los llama "gente loca que habita en Siquén" (Ecco 50, 27).

Un eco de esta situación lo encontramos en las palabras de la Samaritana, o en el insulto de los fariseos contra Jesús (Jn 4, 9; 8, 48).

El Señor, por el contrario, fue benévolo con los Samaritanos y se sirvió de un Samaritano para dar la mejor lección sobre el amor. Es un Samaritano el que socorre al herido y hace todo lo posible por curarlo y aliviar sus dolores; para ello se sirve de lo que llevaba consigo, óleo y vino, que son las medicinas tradicionales de la antigüedad. Y no se contenta sólo con esto sino que lo lleva a la antigua construcción de la colina que servía como posada a los viajeros de la zona.

La tradición ha situado esta posada en el camino a Jericó a 18 kms de Jerusalén. En árabe se llama KHAN HATHRUR, es decir, posada de los transeúntes.

Este sitio se usó durante mucho tiempo como retén de policía hasta que fue destruido durante la primera guerra mundial. Después de haber sido reconstruido fue nuevamente arruinado, durante la guerra de los seis días en 1967.

Hoy, ha sido de nuevo levantado como pequeña casa, donde se acoge a los peregrinos y turistas que van hacia Jericó, la Galilea o el Mar Muerto.

El piadoso Samaritano confía el herido al cuidado del dueño de la posada dándole, en anticipo, dos denarios que es el equivalente a dos jornales de un obrero común. Si se necesitara más, él lo daría al retorno.

Jesús termina la parábola preguntándole al Doctor de la Ley, cuál de los tres había sido el prójimo para el herido. En la respuesta se indica sin mencionar, que ha sido el Samaritano. El Señor invita al Doctor de la Ley a hacer lo mismo para ser perfecto y poseer la vida eterna.

La enseñanza de la parábola es evidente. El prójimo no es sólo el vecino, el correligionario o compatriota, sino también el adversario más declarado. Es todo aquel que necesita ayuda, sin barreras de raza, color, nacionalidad o política.